



aquella ciudad. Halláronse presentes el cardenal D. Pedro de Luna, delegado por el papa Clemente y otros caballeros principales. De parte del rey moro, vino á Castilla por embajador el gobernador de Málaga. Pretendia que ántes que espirase el tiempo de las treguas puestas entre Castilla y Granada, se prorogasen. Negoció bien, porque presentó largamente caballos, jaeces, paños de mucho precio y otros adobos semejantes. Lo que hobo particular en estas treguas, fué que las firmaron los reyes y sus hijos herederos de los estados.

D. Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, á sus expensas, edificaba sobre el rio Tajo una hermosa puente, que hasta hoy dia se llama la Puente del Arzobispo. Junto á la obra estaban unas pocas casas, por mejor decir chozas, á manera de alquería. Agradóse el rey de la obra, que era muy importante, y de la disposicion apacible de la tierra cuando pasó á Sevilla para hacer guerra á Portugal. Con esta ocasion, hizo el arzobispo instancia que diese franqueza á todos los que viniesen allí á poblar. Otorgó el rey con su demanda, y quiso que el pueblo se llamase Villafranca, y que gozase de la misma franqueza Alcolea, en cuyo territorio se edificaba la puente. Expidióse el privilegio (que está en los archivos de la iglesia de Toledo) en Guadalajara, á los catorce de Marzo. Á su hijo menor, el infante D. Fernando, demas del estado de Lara, que ya tenía, adjudicó de nuevo la villa de Peñafiel con título de duque. Pusiéronle en señal del nuevo estado en la cabeza una corona rasa sin flores á diferencia de la real, si bien en ésta era no sólo los duques, pero los marqueses y condes graban en sus escudos, y ponen por timbre ó cimera coronas que se rematan en sus flores como las de los reyes. El escudo de armas que le señalaron, fué mezclado de las de Castilla y Aragon, á propósito que se diferenciases de las del príncipe, y porque traía su descendencia de aquellas dos casas.

Las córtes de Guadalajara, que fueron tan célebres por las muchas cosas que en ellas se trataron, se despidieron entrado bien el verano. Por el mes de Junio se acabaron asentar las treguas con Portugal por término de seis años. Crecian los portugueses cada dia en fuer-

zas y reputacion, no sin gran recelo de los de Castilla. Manteníanse en la obediencia de los papas de Roma, en que muy recio tenían. Así Bonifacio IX, que, como se dijo, al fin del año pasado fué puesto en lugar de Urbano, erigió la ciudad de Lisboa en metropolitana arzobispal. Señalóse por sufragáneo sólo al obispo de Coimbra; mas en nuestros tiempos el papa Paulo III le añadió el obispado de Portalegre, que él mismo erigió de nuevo en aquel reino. La ciudad de Segovia está puesta en los montes con que parten término de Castilla la Vieja y la Nueva. Su mucha vecindad, por la mayor parte, se sustenta del trato de la lana y artificicio de ropa muy fina que en ella se labra. El invierno es riguroso, como de montaña; el estío templado por causa de las muchas nieves con que los montes que las rodean están cubiertos todo el año. Acordó el rey por esta razon de Guadalajara irse á aquella ciudad para pasar en ella los calores, y de camino queria ver el monasterio del Paular, que á su costa, en Rascafría, no léjos de aquella ciudad se levantaba, el más rico, vistoso y devoto que los cartujos tienen en España.

Consignó asimismo á los monjes benitos en Valladolid el alcázar viejo para que le devolviesen y mudasen en un monasterio de su orden, en que en nuestro tiempo reside el general de los benitos, y en él juntan sus capítulos generales. Demas desto, los años pasados el devotísimo templo de Guadalupe, en que el rey D. Alonso, su abuelo, puso sacerdotes seculares, entregó á la orden de San Jerónimo; acuerdo muy acertado. Estas tres insignes memorias hay en España de la piedad deste rey, demas de algunas leyes que estableció muy religiosas; en particular, con acuerdo de las córtes de Briviesca, tres años ántes deste mandó que no sacasen las cruces en los recibimientos de los reyes, ni figurasen la cruz en tapices ú otras partes que se pisasen.

Pasando el estío, envió al príncipe y princesa á Talavera, para que en aquel pueblo tuviesen el invierno, por la templanza del aire y la campaña asaz apacible: él se encaminó á Alcalá, con intento de pasar al Andalucía para reprimir los insultos y males que por la revuel-



ta de los tiempos más allí que en otras partes se desmandaban. Las leyes tenían poca fuerza, y ménos los jueces para las ejecutar: el favor, el dinero y la fuerza prevalecian contra la razon y verdad. Llegaron á Alcalá cincuenta soldados jinetes que llamaban farfanes, cristianos de profesion, pero que tiraban sueldo del rey de Marruecos, y así venían muy ejercitados en la manera de la milicia africana, como es ordinario que á los soldados se pegan las costumbres de los lugares en que mucho tiempo residen. Señálanse los de África en la destreza de volver y revolver los caballos con toda gentileza, en saltar en ellos, en correllos, en aparearse y jugar de las lanzas. Quiso el rey un domingo, despues de misa, que fué á los nueve de Octubre, ver lo que hacían aquellos soldados. Salió al campo por la puerta de Burgos, que está junto á palacio, acompañado de sus grandes y cortesanos. Iba en un caballo muy hermoso y lozano. Antojósele de correr una carrera, arrimóle las espuelas, corrió por un barbecho y labrada, tropezó el caballo en los sulcos por su desigualdad, y cayó con tanta furia, que quebrantó al rey, que no era muy recio ni muy sano, de guisa que á la hora rindió el alma; caso lastimoso y desastre no pensado.

No hay bienandanza que dure, ni alegría que presto no se mude en contrario. ¿Qué le prestó su poder, sus haberes? Sus cortesanos, ¿qué le prestaron para que en la flor de su edad, que no pasaba de treinta y tres años, no le arrebatase la muerte desgraciada y fuera de sazón? Reinó once años, tres meses y veinte dias. A propósito de despertar á los nobles y cortesanos con el cebo de la honra á emprender grandes hazañas y señalarse en valor á imitacion del rey D. Alonso, su abuelo, inventó en lo postrero de sus dias en Segovia, y publicó dia de Santiago, cierta compañía y hermandad que trajese por divisa de un collar de oro una paloma colgada, á manera de pinjante. Ordenó sus leyes, con que los que éntrasen en esta caballería se gobernasen, todas enderezadas á despertar el valor de sus vasallos. La muerte tan temprana le atajó para que esta su traza y otras no pasasen adelante.

Esto pasaba en Castilla: En Aragon, el nue-

vo rey D. Juan, primero de aquel nombre, procedía asaz diferentemente de su padre. El padre era de ingenio despierto, belicoso, amigo de aumentar su estado; en hacer guerra y asentar paz, tenía más atencion al útil que á la reputacion y fama; el rey D. Juan era de un natural afable y manso, si ya no le trocaba algun notable desacato; más inclinado al sosiego que á las armas. Ejercitábase en la cetrería y montería, y era aficionado á la música y á la poesía, todo con atencion á representar grandeza y majestad; tan excesivo el gasto, que las rentas reales no bastaban para acudir á estos deportes y solaces; dejó otros deleites poco disfrazados y cubiertos.

La reina, otro que tal, como cortada á la traza de su marido, aunque dentro de los límites de mujer honesta, usaba de entretenimientos semejantes. Así en la casa real todo eran saraos, juegos y fiestas y regocijos. Las damas se ocupaban más en cantar, y tañer y danzar, que á su edad y á mujeres convenia. Ningun instrumento ni ocasion faltaba en aquel palacio de una vida regalada y muelle. Dábanse muy aventajados premios á los poetas, que conforme á las costumbres que corrían, componían y trovaban en lenguaje lemosin, y se señalaban en la agudeza y primor de sus trovas, lo cual era en tanto grado, que despachó una embajada al rey de Francia, en que le pedia le buscarse con cuidado y enviase algunos de aquellos poetas los más señalados. La semejanza de las costumbres y la fama que destas cosas corría, convidó al emperador Wenceslao, príncipe muy conocido por su descuido y flojedad, para que por sus embajadores le pidiese su amistad, y su hija por mujer, negocio que por entónces se dilató, y no se efectuó adelante.

Los nobles de Aragon, indignados por los desórdenes de su rey, su poca atencion al gobierno y los escándalos que dello resultaban, al mismo tiempo que el rey tenía córtes en Monzon, se juntaron en Calasanz para comunicarse y acordar en qué guisa se podia acudir al remedio. Las cabezas principales de junta eran D. Alonso de Aragon, conde de Denia y marqués de Villena, D. Jaime su hermano, obispo de Tortosa, D. Bernardo de Cabrera, sin



otros ricos hombres y varones de mucha cuenta. Pareció poner por escrito las quejas y enviallas á las córtes: las cabezas principales, que con los regalos y deleites sin tasa la disciplina militar se estragaba, y la gente se afeminaba: que las costumbres antiguas se alteraban de todas maneras por el regalo en las comidas y los gastos en los vestidos; que no era razon al albedrío de una mujer se trastornase todo el reino, y que pudiese ella sólo más que las leyes y la nobleza, no sin nota de los mismos rey y reina que tal desórden sufrían en su misma casa. Esto decían por una dama por nombre Carroza de Vilaragur, que con su privanza estaba muy apoderada de la reina, y ella del rey: mengua de que resultaba gran parte de los desórdenes y de las quejas y odio. Anduvieron demandas y respuestas hasta apuntar que se valdrían de las armas y fuerza, si por bien no se acudía al remedio de aquellos daños.

Pudíeráse destes principios encender alguna guerra y revuelta, si no lo atajára la apacible condicion del rey. Otorgó con lo que aquellos señores le suplicaban; cercenó las demasías y soltura de la casa real, ordenó premáticas, en que se puso tasa y límite á los gastos de la gente, en particular despidió de palacio aquella privada de la reina, con órden que no se entremetiese en el gobierno del reino, ni de la casa real. Con esto calmaron los disgustos que amenazaban mayores daños, en sazón que de Francia se mostraban nuevos temores y asonadas de guerra. Bernardo de Armeñac con golpe de bretones rompió por los confines de Cataluña: mayor fué el ruido que el daño. Si guióle por ende poco despues su hermano el conde de Armeñac con más gente. Tomich, historiador catalan, atestigua que llejaron á diez y ocho mil caballos; mentira que muestra fué el número grande. La causa de hacer guerra era la codicia de robar. Pusieron fuego en algunos lugares y granjas, hicieron presas de gente y de ganados: en lo de Ampúrias y de Girona cargó lo más recio de la tempestad.

Acudió gente de todo el reino, tuvieron diversos encuentros: en uno desbarató Bernardo de Cabrera ocho banderas de franceses junto á

Navarra. En otro Ramon Bages, caudillo señalado, cerca de otro pueblo, llamado Cabañas, deshizo otro buen golpe de enemigos, con prision de Mastin su capitán. Con estas victorias se alentaron los aragoneses y desmayaron los bretones: así lo lleva la guerra. El mismo rey, de Girona, donde se estaba á la mira, salió en campaña, resuelto de acometer á los enemigos, que de diversas partes se juntaban y se rehacían de fuerzas. Tienen los franceses los primeros acontecimientos muy bravos, pero aflojan con la tardanza: así avino en este caso, que los franceses, cansados de guerra tan larga y en que les iba tan mal, acordaron dar la vuelta sin esperar al rey, ni venir con él á las manos. Salieron por la parte de Rosellon, en que de camino hicieron todo mal y daño. Era asimismo forzoso al conde de Armeñac acudir á la defensa de su estado contra Marigoto, natural de Alvernia, que á persuasion del rey de Aragon y á su costa le comenzaba á hacer guerra.

Á la misma sazón que esto pasaba en Cataluña, á la primavera en Aviñon se concertó casamiento entre Luis, hijo del otro Luis duque de Anjou, que se intitulaba rey de Jerusalem y de Sicilia (y que murió en la conquista de Nápoles) y doña Violante, hija del rey de Aragon. No pudo el padre de la infanta hallarse á los conciertos, por causa de la guerra sobredicha, que le tenía puesto en cuidado. Hizo las capitulaciones el papa Clemente á contento de las partes, que se hallaron allí, el novio en persona, y el de Aragon por sus embajadores; en Barcelona se concluyó, do vino el desposado con grande acompañamiento. Lo que se pretendía principalmente, y lo que capitularon en este casamiento, fué que el rey de Aragon ayudase á su yerno para cobrar lo de Nápoles. En Perpiñan otrosí el rey dió su consentimiento para que se hiciesen los desposorios entre Maria, reina de Sicilia, y D. Martin, señor de Exerica, sobrino del rey, hijo de D. Martin su hermano, duque de Momblanc. Vino también el papa en ellos; que por ser aquel reino feudo de la Iglesia se requería su beneplácito.

En Cerdeña se volvió á las revueltas pasadas, á causa que Brancaléon Doria, sin tener



cuenta con el asiento tomado, y olvidado del perdón que le dieron, por principio del año mil y trescientos y noventa y uno acudió á las armas con voz de libertar la gente que tenían oprimida: color con que granjeó á los ginoveses, y muchos de los isleños se le arrimaron, deseosos de novedades y cansados del gobierno de Aragon. Hizo tanto que se apoderó de Sacer, la ciudad más principal de aquella isla, y de otros pueblos y castillos. Para atajar estos daños mandó el rey hacer gente de nuevo; y por un edicto que hizo pregonar en Zaragoza, ordenó á todos los que estuviesen heredados en aquella isla acudiesen á la defensa con las armas. En este mismo año el papa Clemente dió el capelo á D. Martin de Salva, obispo de Pamplona, prelado en aquellos tiempos señalado en virtud, y grave, que fué el primer cardenal que aquella Iglesia tuvo.

Quando el rey D. Juan de Castilla cayó con el caballo, como queda dicho, hallóse á su lado el arzobispo D. Pedro Tenorio, persona de consejo acertado y presto. Mandó que á la hora se armase una tienda en el mismo lugar de la caída, puso gente de guarda, hombres de confianza y callados; hacia fomentar y cubrir de ropa el cuerpo del rey, y en su nombre ordenaba se hiciesen rogativas y plegarias en todas las partes por su salud, por demas, por estar ya difunto y sin alma, todo á propósito de entretener la gente, y con mensajeros que despachó á las ciudades, prevenir que no resultasen revueltas, por los humores y pasiones que todavía (aunque de secreto) duraban entre los nobles, eclesiásticos y gente popular. Á veces publicaban que el rey se hallaba mejor, y siempre fingían recados de su parte; pero como el semblante del rostro no decia con las palabras, y muchas veces los de palacio se apartasen á hablar y comunicar entre sí, no pudo por mucho tiempo encubrirse el engaño: la primera que acudió al triste espectáculo fué la reina doña Beatriz, despojada ántes del reino de su padre, y al presente del marido, sin hijos algunos con cuya compañía aliviase sus trabajos, su yuudez y su soledad. El sentimiento bien se puede entender sin que la pluma le declare.

El príncipe D. Enrique, alterado con la muer-

te de su padre, partió de Talavera, pero reparó en Madrid acompañado de su hermano el infante D. Fernando. Allí el arzobispo, que todo lo meneaba, dió órden que los estandartes reales se levantasen por el nuevo rey, y que le pregonasen por tal, y le publicasen primero en una junta de grandes, despues por las plazas y calles de aquella villa: alegría destemplada con cuita y pena por haber perdido un buen rey, y el que le sucedía, demas de poca edad, tener el cuerpo muy flaco, por donde vulgarmente le llamaron al rey D. Enrique el Doliente, y fué deste nombre el tercero. Acudieron á porfia los señores de todo el reino á hacelle sus homenajes, besalle la mano, ofrecer á su servicio personas y Estados. Muchos (como es ordinario), con la mudanza del príncipe y del gobierno, se prometían grandes esperanzas, que tal es el mundo, unos suben, otros bajan, y más en ocasiones semejantes.

Halláronse presentes á la sazón D. Fadrique, duque de Benavente; D. Pedro, conde de Trastámara; los maestros de las órdenes, don Lorenzo de Figueroa de Santiago, D. Gonzalo Nuñez de Guzman de Calatrava, D. Martin Yañez de la Barbuda de Alcántara, D. Juan Manrique, arzobispo de Santiago y chanciller mayor de Castilla. D. Alonso de Aragon, marqués de Villena, se hallaba en Aragon, do se fué el tiempo pasado, mal enojado con el rey difunto por agravios que alegaba. Ofrecióse volver á Castilla y hacer el reconocimiento debido, á tal que le restituyesen en el oficio de condestable que tenía ántes. Vinieron en lo que pedía el rey y la reina, conformándose en esto con lo que hizo su padre, que le dió aquella preeminencia; sin embargo, él no vino por impedimentos que le detuvieron en Aragon.

Concluida la solemnidad susodicha, acudieron á Toledo para sepultar el rey, segun que él lo dejó dispuesto, en la su capilla real. Hicieronle las honras y enterramiento con toda representacion de tristeza y de majestad; juntáronse tras esto córtes en Madrid, de los prelados, nobleza y procuradores de las ciudades. Pretendían dar órden en el gobierno por la edad del rey, que no pasaba de once años y pocos dias más. Andaba en la córte doña Leonor, hija úni-